

# Operación Perú

El cirujano plástico tafallés Óscar Villafañe ha pasado dos semanas en Perú con otros cuatro sanitarios operando a niños sin recursos. Texto: M<sup>a</sup> JOSÉ ECHEVERRÍA.

**L**OGRAR que los niños con minusvalías tengan un futuro. Éste era el objetivo de un grupo de sanitarios que viajó en abril a Perú de la mano de la Sociedad Española de Cirugía Plástica y Reparadora y la ONG madrileña Juan Ciudad para operar a niños sin recursos.

El cirujano plástico tafallés Óscar Villafañe Cascante, de 38 años, formaba parte de la expedición, que además estaba integrada por otro cirujano, dos enfermeras y una anestesista. «Los otros miembros del equipo eran de Sevilla, pero congeniamos muy bien. Todos fuimos a Perú con la misma idea en la cabeza: tratar al máximo número de niños posible», explica.

El lugar de destino era el Hogar-Clínica San Juan de Dios de Chiclayo, un centro regentado por los hermanos de San Juan de Dios que, entre otras funciones, acoge a niños abandonados. Durante quince días, el grupo operó sin descanso y consiguió intervenir a 40 niños con problemas relacionados con la cirugía plástica: desde labios leporinos (una malformación que impide hablar y comer correctamente) hasta secuelas de accidentes y de quemaduras.

«En países pobres, los niños que tienen un problema físico son una carga. Por ejemplo, ope-



Óscar Villafañe, junto a varias niñas que operó en el Hogar-Clínica San Juan de Dios de Chiclayo, en Perú.

ramos a una niña que había sido abandonada porque tenía la cara quemada. En ese estado es muy difícil que se case», afirma el cirujano. Lo mismo puede ocurrir si un niño tiene los dedos de la mano unidos, una malformación de nacimiento, ya que es difícil que consiga un empleo.

En el hospital, un gran cartel anunciaba a los lugareños la posibilidad de realizar las operacio-

nes. «Cada uno venía cuando podía pero, al final, las jornadas de trabajo fueron muy intensas», añade Villafañe. Así, el trabajo comenzaba a las 7 de la mañana y seguía hasta las 10 o las 11 de la noche. Los miembros del equipo comían a turnos en las puertas del quirófano para no perder tiempo y ni siquiera las diarreas frenaron el ritmo. «Hubo días en que teníamos que salir cinco o

seis veces al baño, pero nos complementábamos bien».

Villafañe añade que siempre quiso hacer algo así. «Te hace sentirte útil y no creo que haya sido un mérito. Hemos recibido muchísimo», asegura. Al final, la recompensa está en los ojos de los niños. «No se puede describir con palabras. No son gente muy habladora, pero al mirar lo dicen todo».